

Sensibilidad frente a compromiso

MIGUEL ESCUDERO*

El ciudadano occidental sufre desde hace tiempo un asfixiante asedio moral. Se supone que debe responder de los declarados grandes asuntos, se le exige que se comprometa ante todos ellos, esto es, que acepte los dilemas morales tal y como se le arrojan, y que opte por el coro de los buenos frente al de los malos, no importa la sensatez de las opiniones. Demasiado burdo y superficial, pero eficaz,

sin embargo, para enajenar voluntades y para que, paradójicamente, acabe por prevalecer la indiferencia y la falta de compasión. Planteemos aquí una actitud templada frente a los problemas sociales, por graves que éstos sean, lo mejor que podemos hacer es adoptar una actitud alejada de la ira abstracta y aproximarnos a la realidad siempre con mesura concreta y radical (yendo a la raíz de

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

las personas y los asuntos). Esto es, personalicemos todo lo que toquemos.

El primer requisito para opinar con sensatez es saber mirar y hacerlo. De otro modo no podremos tratar con garantía ni siquiera los pequeños asuntos que sucedan a nuestro alrededor. Por otro lado, se nos proponen numerosas cuestiones sobre las que apenas tenemos competencia. La mayoría de nosotros no podemos, por ejemplo, irritarnos por el agujero de la capa de ozono, por la desertificación, por el empleo de la energía nuclear sin fingir entender lo que no sabemos. Nos vemos abocados, por consiguiente, a disimular la ignorancia que nos impregna. Nuestro enfado o dolor es entonces falso porque desconocemos el alcance de lo que decimos, nos inducimos unos a otros a repetir lo que tenemos que decir y sentir. Sin embargo, sí podemos alcanzar un miedo real o una auténtica angustia al creer en sombras justificadas o bien en absurdos (según su etimología, absurdo es algo que no podemos escuchar y ante lo que ejercemos de sordos; si escucháramos bien, no lo daríamos por bueno). La actitud que procede ante esa clase de cuestiones se expresa en tres palabras: desconcierto, perplejidad, inquietud. Hay, en cambio, una minoría que sí podría irritarse con conocimiento de causa: se trata únicamente de quienes sepan de veras, de quienes se hagan con la razón para ello. Para que éstos puedan comunicar a los demás los malos pasos dados y persuadirlos de la necesidad de rectificar el mal camino tomado, no cabe más que: argumentar, comprender y aceptar según el grado de evidencia. Cuando dentro de esa mayoría alguien adopta la posición del progreso oficial, le debería ser preciso reconocer explícitamente que actúa por fe, una fe no bañada todavía en razón de ley.

Sólo el reconocimiento de nuestras limitaciones puede transformar el mundo, el

mundo de cada cual. La liberación de la carga de “tener que ser maravilloso” permite el paso de la pesadumbre a la alegría íntima. Jaime Benítez (1908-2001, mismas medidas que Pedro Laín Entralgo), rector de la Universidad de Puerto Rico que acogió a Pau Casals y a Juan Ramón Jiménez, entre tantos otros, escribió sobre la ética y el estilo de la universidad. En unas antiguas páginas afirmaba el compromiso de ésta con una labor que excede de sus posibilidades (este reconocimiento de debilidad es una buena señal de decencia e inteligencia, después puede darse bien el paso a una ambición de la mejor clase). Su verdadero negocio, decía, era esforzarse para que estudiantes y profesores llegasen a ser “personas de la máxima excelencia, gente entusiasta de la belleza, de la verdad, de la alegría, de la justicia”. Me interesa recalcar el papel del esfuerzo y del proceso de llegar a ser personas de la máxima excelencia (“ser persona es poder ser más”, ha formulado Julián Marías), tarea que supone, además, paciencia y saber esperar. Tampoco puede pasarse por alto la efusión y el entusiasmo conjunto por lo bello, lo verdadero, lo alegre y lo justo.

Curiosamente, este proyecto encuentra conexiones con hilos de seda de antaño. Por ejemplo, leyendo estos días las historias de Tristán e Isolda (admirablemente recién recogidas por la editorial Siruela en dos volúmenes con las versiones francesa y alemana de este mito amoroso y heroico) he podido percatarme de una intensa admiración en los autores (situados aproximadamente entre la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII) hacia las personas hermosas, discretas, prudentes y juiciosas, hacia quienes inculcan el “hablar con propiedad y no romper jamás la palabra dada a alguien”. Es ensalzado un escudero que desobedece una orden real de matar a un perro perdiguero por parecerle cruel e injusta:

“e hizo muy bien”; la jerarquía, a pesar de ser aceptada, tiene límites a su acatamiento, hay lugar para la conciencia personal. Asimismo, son criticadas en esos poemas las gentes inconstantes que “con demasiada frecuencia cambian sus sentimientos, sus deseos y sus ansias”: no son serias y no son de fiar. Reprobación merecen, por su parte, quienes odian o aman “más allá de lo que vale la razón”. Esto es algo capital. De nuevo se enaltece el control razonable de las emociones y los juicios.

El fracaso de la educación va más allá de lo que se denomina fracaso escolar, que viene medido por los suspensos y la pérdida de cursos escolares. La sociedad fracasa cuando el proyecto de nobleza que antes hemos tratado, se desvanece en sus aulas e impera en ellas la prepotencia, la arbitrariedad y la falta de respeto (o, con otros nombres, la fuerza bruta, la chulería de la sinrazón y la ausencia de modestia y generosidad). Una persona educada no es alguien “políticamente correcto” ni alguien especialmente instruido, sino alguien que mira por los demás, que se adelanta a atender ciertos detalles que están en su mano. En suma, una persona que sabe que debe comportarse con delicadeza y sensibilidad hacia quienes le rodean, aunque no le traiga provecho el hacerlo. Pero que sabe también que cuando se tercia debe ser duro con las espuelas y débil con las espigas.

Una persona educada es pues alguien sensible y amable que conoce el valor de ser insobornable. Tipos así, sin dobleces y sin alardes, hacen prometedora la convivencia, una concordia sin forzoso acuerdo. Convendría fomentar por tanto personalidades que, más allá de las ideologías (carece de sentido el impulso de etiquetarlas, como antaño, a la izquierda o a la derecha), no simpaticen con la violencia física o verbal. El número suficiente de quienes vivan adheridos

con solidez a este modo de vivir permitiría hacer la ola, la ola del nervio social con que prevenir los malos tratos psicológicos o físicos. Ahora bien, la prueba principal de su entereza la encontraremos en el trato con los inferiores, los provisionalmente “perdedores”. Pero nadie deja de ser inferior a otro en una circunstancia dada.

El número de supuestos inferiores es creciente en nuestro país: así, las oleadas de inmigrantes que entran por nuestras costas con lo que llevan puesto, marcados por el sufrimiento y arrojados por la desesperanza. ¿Qué trato humano reciben de nosotros?

El perfil carcelario se corresponde con los más bajos niveles económicos de la sociedad. Con frecuencia el que vive en la miseria económica delinque, ¿y los que viven en la miseria estrictamente moral? El número de delincuentes también es creciente en la Unión Europea, practicar la tolerancia cero con ellos debe tener sus límites. El sociólogo Loïc Wacquant menciona en su libro *Las cárceles de la miseria* la consigna de ley y orden: “hacer que el preso huelga a preso”.

Pero este celo extremo lleva a la insensibilidad hacia la dependencia de los pobres. Asociada la delincuencia con la pobreza, estos pobres son incapaces de trabajar debido a su “incompetencia social e impericia moral”. El propio Wacquant asocia estudios y delincuencia y da el ejemplo del estado de Nueva York, con más presos negros o hispanos que estudiantes de universidad negros o hispanos.

A nadie se le oculta que un intenso afán por ganar dinero se presta al abandono de cualquier escrúpulo. En nuestra sociedad importa más la seguridad que la calidad; el Estado del bienestar es antes que nada un Estado de seguridad. El miedo a los alimentos se dispara a la menor anomalía que se

registre, y sin embargo la gente está aficionada a la comida basura —legal porque es segura— y se aglomera para comerla. Cuando se pierde el buen gusto, todo entra igual. La pérdida de sensibilidad humana siempre es inquietante y se refleja también en el trato dado a los animales. Los que son de compañía, como el perro o el gato, son especialmente agradecidos al cariño que se les pueda dar. Nos dan lecciones de convivencia, son animales humanizados. Pero los otros, los que nos comemos, como las gallinas, las ovejas, los cerdos o las vacas, son unos grandes olvidados. ¿Es razonable preguntarse si repercuten las condiciones de vida que les damos en la calidad de sus carnes? Aunque ignoremos cómo y cuándo, el perjuicio que se les ocasiona lo acabamos pagando todos. ¿Le importa a alguien la alimentación y los fármacos que se les suministra? Muy a menudo, éstos son inapropiados para lograr así beneficios económicos mayores. A pesar de que algunos ya no sean capaces de distinguirlo, los huevos de las gallinas que viven al aire libre saben mucho mejor que los que dan las que viven comprimidas y con apenas luz natural. Los animales no tienen derechos, pues éstos son sólo humanos (derechos humanos es un pleonasma). Pero los hombres, animales con una vida humana, tenemos obligaciones con ellos y les debemos algún respeto, como el de estimular el carácter vivo que puedan alcanzar.

Ser insensibles a los padecimientos de unos animales concretos —en abstracto los sentimientos carecen de autenticidad— nos degrada humanamente. Todo ser vivo es para los hombres una ocasión para hacerse mejores o para hacer un mundo superior. El mundo inferior adviene también a nuestras vidas con la omisión, cuando se ahorra la entrega de afecto personal y de sensibilidad humana. El gran compromiso es la

sensibilidad hacia mi menuda circunstancia, en la fórmula orteguiana: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”.